

El asesinato del jefe

Mario Carvajal de la Fuente



Capítulo 1

1

Gerardo, investigando un simple caso policial de un accidente de un riquillo, se puso sus las gafas y reprodujo un video en su ordenador. La toma provenía de una cámara de seguridad de una gasolinera. Para sorpresa de todos, el video era en alta resolución, aunque los colores eran opacos, mostraba una visión angular de un cruce en una avenida de doble sentido. La cámara estaba estática y enfocada a donde entraban los vehículos y de fondo aparecía un semáforo y coches haciendo fila. Eran siete carros esperando el cruce, cuando el semáforo estuvo a punto de cambiar, uno de los carros se adelantó medio metro, acelerando poco a poco. Se apreciaba que el conductor hablaba por teléfono y de repente se quedaba viendo a la izquierda sin hacer nada. Cuando el conductor volteo, en el video apareció un carro que venía de un punto ciego y chocó contra el lado del conductor del otro vehículo. El carro fue arrastrado un metro. Luego, el auto culpable hizo reversa (al vehículo solo se le estropeo la defensa y parte del cofre) y se dio a la fuga yéndose a toda velocidad. Gerardo volvió a reproducir el video.

-Pensaba que se había cerrado el caso-dijo una voz detrás. Gerardo negó con la cabeza sin perder de vista un segundo del video-. ¿Sigues insistiendo?

Gerardo pausó el video y lo minimizó. Cogió una taza vacía de su lugar y se levantó. Rafael, que tenía en su mano otra taza, lo siguió a la cocina, un espacio reducido con un mini refrigerador, una cafetera y varios productos como crema o azúcar para echarle a la bebida.

-No hay-dijo Rafa-. Se acabó en la mañana, solo queda té.

Gerardo llenó la taza de agua y le coloco una bolsa de té de frutos rojos.

-Nunca hay café en esta oficina.

Ambos se quedaron en silencio viendo la nada.

-¿Encontraste algo en el video?-dijo Rafa.

-No, pero algo no encaja en el choque. No sé qué es, pero lo sé.

-Que tú lo creas no significa que haya algo oculto. Vamos, lo revisamos decenas de veces. La policía, la aseguradora y nosotros determinamos que fue un accidente. Recuerda la Navaja de Ockham, entre todas las

sencillas explicaciones...

-Sí, sí. Ya sé. Aun así algo no cuadra, tengo suficientes años en esto para saberlo. El vehículo que provocó el choque no tenía placas y se dio a la fuga. Además seis personas se harán ricas gracias a eso.

Rafa terminó su bebida y dejó la taza en el lavaplatos.

-Pudo ser un coche nuevo, se están investigando en agencias de la marca para dar con él. Mientras tanto tenemos las manos atadas. El dinero que ganaron esas personas quizá lo obtengan en meses o años, depende que tan buenos abogados contraten. Y de esa ganancia les quitarán una buena parte.

-Son doce millones, Rafa. Son dos millones de pesos por persona si lo reparten. Es muchísimo para que les caiga de gratis. Además, ¿Por qué el hombre muerto no aseguró el dinero para que lo conserve su familia? No entiendo. ¿Han hablado con alguno de los seis socios?

Rafa negó con la cabeza.

-No tenemos autorización por que no hay sospechas, solo hablamos con la esposa. Pero nada fuera de lo común. Una mujer destrozada por la muerte de su marido. Este fue un accidente común, te lo digo. No siempre hay una conspiración. Te afectaron los casos con el Narco.

-Por eso los dejé-dijo Gerardo-. El otro carro pegó directo en la puerta del conductor, habiendo otros carros y una avenida tan grande, ¿Cómo es que no lo vio? Y casualmente estaba en llamada el conductor.

-Fue un accidente por distracción. No es fuera de lo común que las personas se accidente por ir checando el celular-dijo Rafa.

-Si-dijo Gerardo-. Puede que tengas razón, pero solo hay una manera de saberlo.

-Jamás te darán autorización-dijo Gerardo-. En cualquier caso, si lo hacen, cuenta conmigo. Me quede sin casos y odio hacer papeleos.

Gerardo tocó la puerta abierta del despacho de Elisa.

-Entra-dijo Elisa sin despegar la mirada del ordenador y de dar clics con el

mouse.

-Buenas tardes, Elisa. ¿Tiene un minuto?

La mujer siguió trabajando en el ordenador y luego lo dejó para enfocarse en Gerardo.

-Si habla con formalismos es que algo quiere. Lo escucho, siéntese.

-Te vas a reír pero es una corazonada, quiero investigar más en el asunto del choque. La única prueba que tuvimos para declararlo accidente fueron testigos civiles y un video de una gasolinera, pero el video no muestra todos los ángulos. Desde ese ángulo parece un accidente pero quizá de otro sea un ataque. Es mucha casualidad que alguien muera cuando sus socios pudieron quedarse con doce millones de pesos sin que la esposa los obtuviera.

-La esposa seguro obtuvo dinero del seguro de vida y de otras herencias que no nos competen porque cerramos el caso como accidente. Recuerda que solo lo trabajamos por que Roberto Lombardi es rico-hizo una pausa- era. Pensaron que podría haber algo pero no. Mejor dedica esas energías a casos donde si te necesiten.

-Hay algo raro ahí, Elisa. Déjame investigar un poco más. No costará mucho, dame permiso para entrevistas. Solo déjame preguntar a la esposa y a sus compañeros. Vamos, ¿recuerdas el caso de cartel en Sinaloa el año pasado? Te dejé toda la gloria a ti, te consiguió el ascenso. Me debes una.

La mujer volvió a suspirar.

-Qué manera tan fácil me das de pagar una deuda, de acuerdo. Tienes permiso para entrevistas, pero extraoficialmente, es decir, que si se niegan a hablar contigo no tendrás respaldos, ¿escuchaste?

-Si. También quiero que investiguen el vehículo blanco que se impactó al de Roberto. No tenía placas, quizá fue una compra reciente. Me dijo Rafa que se investigaría, denle prioridad.

-Listo, Gerardo. ¿Algo más?

-Es todo por el momento.

-Bueno-dijo Elisa-. Espero un reporte detallado de todo esto.

Susana fue al recibidor después de escuchar de la muchacha de limpieza que el hombre era un policía importante. Bajó saltando los escalones y ni siquiera echó un vistazo al espejo para chequearse. Gerardo la observaba desde la puerta principal.

-Buen día, oficial. ¿Qué se le ofrece?-dijo cuando llegó a la puerta.

-¿Qué tal, Susana? Espero no sea un mal momento-dijo Gerardo.

Susana invitó al hombre entrar con un ademán. Le dijo a la muchacha que trajera un café. Gerardo sonrió al saber que por fin tomaría un buen café.

-Perdone por el desorden. Todo ha sido un caos desde el accidente, ya se imaginara-dijo Susana. Llevaba una camisa blanca abierta y una blusa azul debajo, la camisa hacia juego con su pantalón y sandalias del mismo color. No llevaba maquillaje y sus ojos estaban hinchados. El hombre dio un vistazo alrededor para encontrar un piso reluciente y paredes de blancas que combinaban con la amplia entrada de sol por los ventanales en la sala. La muchacha le dejó café en una mesita y desapareció al instante.

-No se preocupe, Señora. No quiero quitarle mucho tiempo. Se imaginara porque estoy aquí.

-La verdad no lo sé-dijo la mujer-. Esperaba a abogados, gente del seguro pero no un policía. ¿Por qué no lleva uniforme?

-Oh-dijo Gerardo-llevando las manos a su saco informal como si acabara de recordar que lo llevaba puesto-. Trabajo con la policía, pero soy un investigador. Me asignaron una investigación sobre el infortunio que le paso a su marido. Solo le haré unas cuantas preguntas para corroborar una información. ¿Tengo su cooperación?

-Por supuesto-dijo la mujer-. En lo que pueda ayudar. Pero, dígame, ¿piensan que alguien lo mato?

-Nunca implique eso, Señora.

-No-dijo Susana, inclinándose y abriendo mucho los ojos-. Pero está

implícito, ¿para que vendría a preguntar si piensan que fue un accidente?

-Tome un respiro, por favor. No quiero meterle ideas a la cabeza, esto es parte para cerrar la investigación. No fue un asesinato-hasta que se pruebe lo contrario, pensó Gerardo-. No tiene de que preocuparse.

Susana agachó la cara y la cubrió con sus manos. En la parte visible de la frente se veía como se marcaba unas venas verdes.

-Mis hijos perdieron a su padre antier-dijo-. Acabamos de pasar el funeral. Por favor, no venga a meterme ideas en la cabeza.

-Señora-Gerardo se levantó y frotó su mano en el hombro de la mujer. Está en automático tomó su hombro para llorar-. Tranquila, perder a alguien es doloroso. Pero solo hare unas cuantas preguntas y dejare de molestarla. ¿Si?

-Si-dijo la mujer cuando volvió a su compostura.

-Bien-dijo Gerardo-. De la información que obtuve, supe que Roberto dejó un puesto de alto de Gerencia en una compañía de mucho prestigio, junto con varios de sus empleados. Entiendo quería formar su propia compañía y tuvo que invertir, pero, ¿Por qué dejarle el dinero a manos de los empleados, cuando pudo manejarlo para dejárselo a usted?

-Mire, yo me dedicó al hogar. Siempre lo manejamos así, él trabaja y obtiene dinero... obtenía. Y yo me ocupo del hogar y los niños. Ambos tuvimos una crianza muy tradicional. El por qué dejó el dinero a manos de sus empleados lo desconozco. Tal vez no tuvo tiempo de cambiar eso antes del choque, yo no sé. Esas preguntas debería hacérselas a su abogado o a sus trabajadores.

-De acuerdo-dijo Gerardo-. No tocare ese tema. ¿Podría resumirme rápidamente como era Roberto Lombardi?

La mujer miro hacia abajo y su mirada se perdió por varios segundos.

-Trabajador-dijo-. Era muy trabajador desde que lo conocí, pasaba demasiado tiempo en el trabajo y buscando proyectos. También era buen esposo, nos atendía siempre que llegaba a casa y trataba de pasar tiempo con sus hijos cada noche. Los domingos nos lo dedicaba entero, solíamos ir a ver una película o a pasear. Sus hijos eran su vida. En el trabajo siempre fue muy bueno, se le daba muy bien el hablar. Era muy carismático y jamás he escuchado un comentario negativo hacia él.

Gerardo levantó una ceja.

-¿Nunca escuchó que le desagradara a alguien o algún comentario?

-La verdad no. A veces me contaba cuando discutía con sus compañeros de trabajo, pero solo eso. Pero siempre se solucionaba rápido.

-¿Por qué decidió emprender su propio negocio? ¿Y por qué se decidió hacerlo con esos empleados?

La mujer pasó su cabello por detrás de las orejas y limpió su rostro con una servilleta.

-Quería nuevos retos. Pensaba que a la larga podría ganar más que en ese trabajo. De la segunda pregunta, creo que eran los mejores y a los que más confianza les tenía. En algunas fiestas en la casa los invitaba y salían cada tanto.

Gerardo miró fijamente a la mujer y repasó las respuestas. No iba a sacar nada de ahí.

-Señora Susana, ¿Su esposo usaba un lugar de esta casa para su espacio personal o tenía una oficina casera?

-Oh, sí. Es donde más pasaba su tiempo...

-¿Podría mostrármela?-interrumpió Gerardo.

Susana guió a Gerardo por la casa, pasando por una sala y cocina, amplias y frescas, de color blanco y con cortinas ondeando del mismo color por ventanales enormes. Parecía como si el tema de la casa fuera la pureza.

-Disculpe, ¿Quién escogió la decoración de la casa?

-Roberto, por supuesto. Tiene buen gusto, ¿verdad?

Entramos al despacho, a diferencia del resto de la casa las paredes estaban tapizadas de franjas de madera café oscuro, como esas viejas oficinas de los 60s o 70s. Varias macetas con plantas verdes para decoración, unos cuantos libreros y un escritorio enorme, precioso. Con una computadora y dos monitores enormes encima. Gerardo caminó por el despacho, deteniéndose a hojear unos cuantos libros y revisar los papeles que quedaron encima del escritorio y muebles. La mayoría pertenecían a su nueva empresa; permisos, procedimientos, facturas, listas de compras; todo lo necesario para establecer los cimientos de su nuevo proyecto. Encendió el ordenador pero pedía contraseña. Susana dijo no saberla. Gerardo vio el móvil junto al teclado.

-¿Y de su celular?

-De ese si-lo tomó y lo desbloqueo-. Aquí tiene.

Gerardo busco en las carpetas de imágenes, videos, documentos, las aplicaciones. Buscó por todo el teléfono pero no encontró nada, era como si el teléfono estuviera nuevo de fábrica, salvo por algunas aplicaciones. Las únicas fotos eran una de su familia, también los contactos. No había videos, fotografías de la cámara o memes. Y otra cosa, en el registro de llamadas había un número desconocido, lo anotó en su libreta. Agradeció a Susana por su atención y se fue de la casa no sin antes preguntarle el número de sus empleados. La mujer dijo que solo conservaba uno. Se lo dio.

3

El celular timbraba, provenía de un número no registrado. Carlos posó la mano encima, dispuesto a levantarlo. Otra mano le apretó la muñeca.

-Espera al sexto timbre-dijo su esposa, Karla-. Y respira.

Carlos respiró profundo y descolgó.

-Diga.

El sujetó en la línea se presentó como un investigador, interesado en el accidente de Roberto Lombardi. Quería quedar para charlar.

-¿Por qué a mí?-dijo Carlos-. ¿En qué puedo serles útil?

-Tranquilo, señor. Solo es protocolo, queremos saber un par de cosas para asegurarnos de unas cosas y descartar otras. ¿Tengo su apoyo?

Carlos dijo que si y quedó en reunirse con él en su hogar mañana. Al colgar, llevó sus manos al rostro y frotó su cabello. Karla le retiró las manos y le masajeo los hombros.

-Lo saben-dijo Carlos-. Lo saben.

-No-dijo Karla-. No lo saben. Si lo hicieran, preguntarían cosas específicas.

Están dando patadas de ahogado.

-Sea como sea-dijo Carlos. Se levantó y camino en círculos-. Hay que tener cuidado. ¿Cómo lo sabrían?

-Ese es el punto, Carlos. No pueden saberlo. Todo está bien, tranquilo.

-Tengo que hablar con los demás. Para que tengan cuidado.

La mujer resopló y negó con la cabeza.

-No. No vas a hablar con nadie.

4

Por la noche, en un concurrido bar de la ciudad, dos personas hablaban en una de las mesas, con botanas y cervezas. A diferencia del resto de la gente, estos no sonreían. Arturo hablaba con Ángela y le contaba de la llamada que tuvo con Carlos horas antes.

-A mí no me han llamado-dijo Ángela-. ¿A ti?

-Tampoco, todavía-dijo Arturo-. No sé por qué llamaron precisamente a Carlos pero no es bueno. Pueden saberlo.

Ángela hizo un gesto grande, alzó las manos y las azotó en la mesa. La cerveza de los tarros ondeo agresiva.

-¡Pero no hicimos nada!

-Ángela-dijo Arturo. Volteó para darse cuenta que eran observados por varias personas. Bajo la voz-, lo planeamos. Planeamos "eso". No fuimos nosotros dos, pero tú qué sabes si alguien más lo hizo. Lo que importa, es que seremos ricos cuando esto pase.

-¿Pero quién podría hacerlo? Nunca terminamos de tomar la decisión.

-¿Quién es la persona más ambiciosa de nosotros seis?

-¿Crees que fue Alfonso? Pero también hay otra pregunta, ¿Quién fue el delator?

-El delator no sabe quién lo hizo, lo habrá contado por nervios. No hay

forma que se vincule con nosotros, tenemos una coartada-dijo Arturo.

Ángela dio un trago a la cerveza, terminándola.

-Hay que averiguar quien fue.

-Alguien está jugando chueco-dijo Arturo, luego agachó la cabeza y miró el fondo del restaurante con la mirada pérdida-. No sé por qué planeamos eso, Roberto era un buen jefe y una buena persona. ¿Recuerdas cuando trajo pastel para todos cuando tuvimos una mala racha en ventas? dijo que había ocasiones que también se tenía que celebrar en los malos momentos.

-Sí, lo recuerdo. Siempre era muy atento con todos, nos consideraba sus amigos. Nos trataba como familia cuando hacia fiestas familiares. Y cuando trabajábamos hasta tarde nos llevaba a casa a los que no teníamos carro, sin importar que tan lejos viviéramos.

-¿Por qué planeamos eso, Ángela?

-Porque somos malas personas, Arturo.

5

Gerardo trabajaba en el informe sobre la visita en casa de Susana y poniendo el por qué debía de continuar la investigación.

-Gerardo-dijo una voz-. Gerardo.

-Dime, Rafael- dijo Gerardo sin voltear.

-Mira-Rafa le tendió una hoja-. Este tipo hablaba con Roberto Lombardi al momento del choque-hablaba rápido, como si no pudiera contenerse.

-Calma, Rafa. ¿Por qué tanto alboroto?

Gerardo vio la foto del tipo, era un hombre terminando la veintena de apariencia común, con un tatuaje en el cuello y expansiones.

-Este tipo, Manuel Herbillez, estuvo detenido hace dos años por trata de

blancas.

Gerardo arqueó una ceja y volvió a su escritorio. Rafa lo siguió.

-¿Seguro? ¿Qué haría hablando con él un tipo como Roberto?

-Podemos asegurarnos-dijo Rafa-. Preséntaselo a la jefa, seguro te dará luz verde para investigarlo.

-Le diré enseguida-dijo Gerardo-. También tengo entrevistas con los empleados. Tal vez sepan algo.

-¿Hablarás uno por uno con ellos?

-Hoy hablare con uno, se llama Carlos. Si es necesario hablar con cada uno lo hare. Quiero darle un cierre al caso. Eso que dices de Manual Herbillez abre muchas posibilidades. ¿Sabes cómo puedo contactarlo?

-Sí, te pasare el domicilio. Al parecer vive con su madre. Pero si lo haces ten cuidado, podría ser peligroso.

Gerardo apagó su computadora y se levantó cogiendo sus cosas.

-Descuida, tendré cuidado. No es la primera vez que trataría con ese tipo de gente. Pero primero iré con el trabajador-Gerardo puso su mochila al hombro y caminó a la salida-. Deséame suerte.

-Suerte-dijo Rafael-. Hablare con la jefa para autorizar una investigación como se debe.

Dentro de la casa de Carlos, todo estaba en orden y recién lavado, como si el orden y limpieza fueran símbolos de inocencia. Gerardo se sentó en el comedor, la esposa de Carlos fue a prepararle café y luego el matrimonio se sentó junto a él. Gerardo le dijo a la esposa que se fuera. Esta gruñó y le echo una mirada a Carlos.

-Bien-dijo Gerardo cuando la mujer se fue-. Quiero que esto sea breve, Carlos. La idea es no quitarle mucho tiempo. Solo vengo a hacer preguntas por protocolo.

-Por supuesto-dijo Carlos-. En lo que pueda ayudar. ¿Qué buscan exactamente?

-Eso es privado. Por ahora, quiero averiguar sobre tu ex jefe, Roberto

Lombardi. ¿Cómo lo describirías?

Carlos se acomodó las gafas y junto las yemas de sus dedos sobre la mesa.

-Diría que fue una buena persona, empática sobretodo.

-Continúe.

-Siempre se preocupaba como estábamos sus empleados y si trabajábamos extra se aseguraba de recompensarlo, ya fuera con pagar horas extra o darnos tiempo libre. Cuando alguien se equivocaba le hacía saber el error a la persona pero no lo reprochaba y no guardaba rencores. Era alguien que confiaba en la gente.

-¿Alguna vez lo viste o escuchaste que perdiera la calma?

-No. Nunca presencie eso ni lo escuche. A veces levantaban la voz pero solo para lo necesario. Pero era raro.

-¿Conocías de su vida personal, sus otros negocios?

-Sé que tenía un restaurante y que lo vendió para tener fondos para la nueva empresa. Y que renta varias casas. De su vida personal sé que tiene dos hijos y una esposa. No hablaba mucho de ellos pero su escritorio estaba lleno de fotografías de ellos. Y cuando salíamos nos contaba historias.

-¿Porque alguien intentaría matarlo?

Carlos tragó saliva. Gerardo se inclinó sobre la mesa.

-Supongo que por su dinero-dijo Carlos, su voz tambaleaba-. Dudo que si alguien lo matara fuera por venganza o rencor. Pero murió de un accidente... ¿cierto?

-Eso, Carlos, es lo que investigamos-Gerardo sacó una libreta de apuntes, una pluma y se las dio a Carlos-. Por favor, escribe el nombre y teléfono de tus cinco compañeros de trabajo. Voy a platicar con ellos también.

Carlos sacó su teléfono y comenzó con la tarea.

-Aquí tiene, los nombres y números. Somos inocentes, no sé por qué nos investigan.

Gerardo se levantó de la mesa.

-Si son inocentes, todo quedara en pláticas y en una disculpa mía por entrometerme en sus vidas. Pero, a ver, se lo voy a plantear así: un ricachón muere por un "accidente", ese dinero en lugar de ir a su familia, organización o con alguna especie de protección, queda disponible para sus empleados. Doce millones de pesos. Casualidad que muere antes de poderlo proteger. Se le presenta esta situación, ¿pensaría que fue casualidad o que hay algo más detrás?

Carlos no respondió.

6

Cinco personas estaban en una sala discutiendo sentados en unos muebles de cuero, en una mesa al centro, había cerveza, vino y whisky. El timbre sonó y un sujetó se levantó a abrir la puerta mientras los otros seguían con lo suyo.

-¿Qué hubo, Carlos? ¿Cómo estás?

-Hola, Arturo. Bien, gracias. Perdón por el retraso pero me detuve a comprar algo para picar-Carlos cargaba una bolsa de súper, que contenía papas fritas, salchichas y queso-. Pensé que nos vendría bien.

-Por supuesto-dijo Arturo, quitándole la carga-. Que atento, ven, los demás están en la sala esperando.

Carlos se encontró con sus compañeros de trabajo, estos lo recibieron saludándolo y aludiéndolo por llegar tarde. Arturo llevó platos donde colocó las botanas y la colocó en la mesa centra. Todos se levantaron a agarrar. El ambiente era ligero, hablaban de nimiedades y sobre como llevaban sus vidas ahora que ninguno tenía trabajo. Nadie lo mencionaba, pero ninguno tenía preocupaciones económicas. También estaba otro tema.

-Disculpen-dijo Carlos-. Creo que necesitamos hablar de la situación.

-No me digas-dijo Alfonso-, pensé que íbamos a ver la final del mundial de futbol.

-Tampoco hace falta el sarcasmo, Alfonso-dijo Daniela-. Vinimos a hablar.

-Haber, Carlos. Lo que tengas que decir-dijo Arturo.

Carlos permaneció de pie, sus piernas le temblaron y las palabras no salieron de su boca. Similar a cuando hacia exposiciones en juntas, o remontándose al pasado, en las presentaciones de la escuela. Tragó saliva y suspiró, hablaba con gente con la que llevaba trabajando cinco años, con amigos. Nada podía salir mal.

-Como saben, hay un investigador de nombre Gerardo que, en pocas palabras, busca pistas para saber si lo que le pasó a Gerardo no fue un accidente. El cree que fue un homicidio. Y dado que fue algo que...

La oración quedó suspendida en el aire. Mauricio le ordenó callarse.

-Estás loco-dijo-. ¿Cómo que homicidio? Si está clarísimo que fue un accidente. Nosotros no hicimos nada. Esto es una mierda, si se llegan a enterar de la reunión las autoridades nos la meten doblada. ¿Le dijiste algo a ese investigador, Gerardo?

-No-dijo Carlos, alzando la voz-. Obviamente no le dije nada de lo nuestro. Preguntó acerca de cómo era su personalidad con nosotros y como actuaba como jefe. Si preguntó si creía que fue asesinado, le respondí que no; porque fue un accidente, ¿cierto?- la sala enmudeció-. ¿Cierto?

-Ya sabes que sí, Carlos. Fue un accidente-dijo Alfonso, levantándose de su asiento-. Nadie de nosotros hizo nada, la muerte de Roberto fue un accidente.

-Pero la planeamos-dijo Daniela-de sus ojos brotaron lágrimas y su voz sonaba partida-. Nosotros planeamos que muriera en un choque, en ese semáforo. ¿Cómo puede existir tal coincidencia? No creo que haya sido un accidente.

-¿Qué estas queriendo decir con eso?-dijo Alfonso.

-Que alguien de nosotros llevó a cabo el plan-dijo Ángela.

La gente se vio entre si y comenzaron las discusiones. Unos atacaban Ángela y otros la defendían, sosteniendo que efectivamente alguien se encargó de matar a Roberto.

-Uno o varios rompieron el pacto-dijo Arturo-. Dijimos que los seis debíamos estar de acuerdo. Jamás establecimos fechas ni pusimos en marcha el plan. Dígnanos por favor, ¿Quién lo hizo? Y si nadie lo hizo, que muestren pruebas-dijo Arturo.

-¿Cómo vamos a probar eso, genio?-dijo Daniela.

-Fácil-dijo Alfonso-. Con coartadas y evidencias. El que no debe nada teme.

Poco a poco, las seis personas volvieron a sus lugares y en un ambiente más calmado comenzaron a decir sus coartadas. Carlos dijo que estuvo en casa comiendo con su esposa, podía comprobarlo porque sus vecinos lo vieron. Daniela podía comprobarlo porque se quedó trabajando en la oficina, las cámaras podían comprobarlo. Alfonso comió en un McDonald's cercano a la oficina y lo podía comprobar con el ticket. Mauricio comió ese día en la oficina y Daniela podían corroborarlo. Arturo y Ángela confesaron estar en un motel y se podía comprobar con el recibo.

-Obviamente todos tenemos coartadas, así no sospecharían de nosotros-dijo Alfonso-. El que lo hizo contrato a un asesino para que lo matara en el choque. Ese era el plan, ¿recuerdan? No hacía falta no estar presente. Cualquiera lo pudo haber hecho. Confiese el culpable, esto ya no importa, no le haremos nada, el dinero ya es nuestro. Pero necesitaremos una defensa sólida contra ese investigador y que todos den sus mejores ideas para salir de esta. Si la muerte de Roberto es clasificada como homicida, puede que nos quiten el dinero. Si no hay un culpable nos culparán a todos. Todos planeamos esto, ¿no es así?

-Parece que sabes mucho del tema, Alfonso-dijo Mauricio-. Que yo recuerde tú fuiste el primero en decir que podríamos matar a Roberto.

-¿Estás diciendo que fui yo?-dijo Alfonso, se levantó y camino hasta quedar a un metro de Mauricio-. Repítelo en mi cara, cabrón.

Arturo y Daniela se levantaron y forcejearon con Alfonso para detenerlo.

-Si fuiste tú ya dilo, no nos vengas con juegos-Mauricio se dirigió a todos-. ¿Qué soy el único que lo piensa? El plan comenzó por ti, maldito.

Alfonso se zafó del agarre y le dio un puñetazo a Mauricio en la nariz. Este se fue de espaldas y cayó en el sillón. Todo mundo intentó detener a Alfonso sujetándolo de los brazos y cuerpo. Arturo trataba de hacerle una llave en el cuello para inmovilizarlo. En lo que procedían, Alfonso alcanzó a darle dos puntapiés a Mauricio en las costillas.

-Ya, cabrón-dijo Daniela-. Ya basta. ¿Quieres que te cargue la chingada? Vamos a decir que fuiste tú sin más.

-No pueden hacer eso-dijo Alfonso.

-No nos des motivos entonces-Daniela se alejó del hombre y se acercó al grupo-. Será mejor que te vayas. Esto era para hablarlo civilizadamente.

Alfonso se quitó a la gente, los miró uno a uno e hizo un sonido gutural.

-Como quieran. Me largo y no quiero saber nada de ustedes más que el día que cobremos el dinero.

Se retiró pero antes de salir de la casa tiró un jarrón de una repisa que quedó quebrado en cientos de pedazos.

-Hijo de puta-dijo Arturo.

-¿Creen que haya sido el?-dijo Carlos.

-Yo digo que fue el-dijo Mauricio-Daniela le limpiaba la sangre de la cara y le masajeaba las costillas-. Si él lo planeo, ¿Por qué no lo haría?

-Todos lo planeamos-dijo Ángela-. El dio la idea pero todos le seguimos la corriente. Y el de la idea de contratar a alguien para que lo matara durante un choque fue de Arturo.

-Esperen-dijo Daniela-. ¿De qué sirve que sepamos quien lo hizo? el homicidio ahí esta y no cambiara. Creo que si nos mantenemos alejados será mejor. Estas reuniones son sospechosas.

-Sí, no cambiamos nada-dijo Carlos-, pero podemos trabajar en una coartada. Si descubren tan siquiera que lo planeamos estaremos en problemas.

-No hay nada escrito, siempre platicamos todos los planes. Desde el comienzo-dijo Ángela-. ¿Cómo podrían averiguar eso?

-La única manera es que alguien lo diga-dijo Arturo-. Ya está la sospecha de la policía. Alguien podría hablar bajo presión o llegar a un trato.

-Si pero nadie hablara, ¿cierto?-dijo Mauricio.

-Esperemos-dijo Daniela-. Esto está de la verga.

-Y el que mató a Roberto, seguramente habrá pruebas si investigan. Si dan con ellas nos iremos todos junto con el asesino-continuo Arturo.

-¿Entonces que procede?-dijo Carlos.

-Averiguar quién de nosotros lo mató-dijo Ángela.

Gerardo estacionó el auto a unas cuadras de su lugar. Caminó por las calles de una colonia conocida por ser peligrosa y pobre, pero no vio ninguna anomalía para ponerse en guardia, la gente lo veía y caminaba como si nada. Unos cuantos jóvenes le echaban miradas pero nada fuera de lo ordinario. Llegó a la puerta de una casa de dos pisos y tocó el timbre de la casa. Era de cemento y pintada de blanco, las paredes estaban opacas por estar a la intemperie y había varias partes agrietadas. Gerardo supuso que la humedad estaba acabando con el interior de la casa. Escuchó unos pasos del otro lado de la puerta. Gerardo volvió a tocar.

-No me iré hasta hablar con Manuel Herbillez. Soy policía y si se niega a hablar conseguiré una orden y lo detendré por obstruir con la justicia.

Gerardo escuchó unos murmullos y unos pasos alejarse. La puerta se abrió, Manuel Herbillez lo recibió y lo dejó pasar al interior. Una vez dentro, Manuel cerró la puerta.

-¿Qué quiere? Estoy limpio, ya me alejé de todo.

-Manuel Herbillez-dijo Gerardo-. Estuviste detenido por tráfico de personas. Sin embargo, no se encontró nada y fuiste liberado. Desde ese año has aparecido en varias investigaciones pero nada concluyente.

-Tiene muchos huevos para venir solo a este barrio, oficial-dijo Manuel.

Era un chico de veinticuatro años, iba sin camisa, exponiendo tatuajes en el pecho y hombros.

-No tengo nada que temer-dijo Gerardo-. Quiero hacerte unas preguntas sobre Roberto Lombardi.

Manuel y se cruzó de brazos.

-¿Ese quién es?

-Un hombre que murió en un accidente automovilístico. Un sujeto de dinero. En el momento del choque hablaba contigo, fue una llamada de seis minutos con diecisiete segundos, antes que se cortara. ¿Qué tiene

que ver Roberto contigo?

Manuel abrió la puerta de la casa.

-Váyase de aquí. No tengo nada que decir-dijo Manuel.

-Esto no es acerca de ti, es sobre Roberto. ¿Estaba involucrado contigo? ¿Lo chantajeaban?-Gerardo se pasó una mano por la cara-. Mira, sé que estas envuelto en la trata de personas. Eso todos lo saben pero no hay pruebas para detenerte. Pero ahora quiero saber sobre Roberto, no de ti. Su llamada fue contigo, ¿de que hablaban? Si me ayudas podría considerar tu cooperación en futuros sucesos.

-Esa persona, Roberto, no lo chantajeaba. Ni se quién es.

-Si no lo chantajeabas es porque estaba involucrado en la trata de personas. O similar.

-Lo que diga-dijo Manuel-. ¿Ya terminamos?

-¿Roberto era cliente o parte de la red de tráfico?

-Señor, váyase a su casa. No me hago responsable.

En el camino de regreso a la oficina, Gerardo tomaba agua de una botella mientras pensaba en su encuentro con Manuel. Hubiera sido imposible sacarle más información sin pruebas y sin ninguna detención. Pero el chico dejó en claro que Roberto, de alguna manera, tenía que ver con el tráfico de personas. Ahora, un hombre con tan buena reputación como Roberto donde sus trabajadores y esposa lo aman, ¿Dónde ocultaría tan oscuro secreto? Debía haber pruebas en algún lado. Un papel impreso, un contacto en el celular; algo, lo que fuera. Ahora existían dos situaciones a investigar: su homicidio en el accidente de tráfico y su conexión con la trata de personas. Si es que no tenían que ver una con lo otro. Marcó al celular de Rafa y le dijo que investigará todo lo que pudiera de Roberto Lombardi, entrevistas a familiares, amigos, todo lo que pudiera. Gerardo recordó cuando husmeo el teléfono de Roberto, sin imágenes, sin contactos diferentes a su familia, los chats del WhatsApp de los mismos contactos. Salvo por esa llamada de Manuel. ¿Un descuido que no le dio tiempo de borrar del teléfono por el choque? Si Roberto estaba metido en esa red tendría que tener un medio para comunicarse, lo que fuera. Tal vez los empleados sabrían algo.

Muy limpio para ser verdad, pensó Gerardo sobre Roberto, algo tenía que tener. Eran pensamientos que tuvo previos a los interrogatorios por separado a los ex empleados. Ahora cambiaron de dirección, después de entrevistar a los seis. Uno de ellos dijo que existió un complot para matar a Roberto, de la misma forma en que murió. Pero no lo ejecutaron con el permiso de los seis, uno o varios se juntaron y lo hicieron. Cada uno tenía su coartada, pero no necesitaban estar en el lugar para tomar acción. El auto que chocó contra Roberto era nuevo de agencia, pudieron rastrear donde fue la compra y dar con el conductor, pero parecía una persona normal. Se escapó sin saber lo que hizo y por qué no quería pagar más, tenía muchas deudas y varios hijos. Aunque no le impidió comprar un coche. Gerardo pudo checar sus cuentas bancarias, del hombre y su esposa pero no encontró otros ingresos. Del mismo modo, las cuentas de los ex empleados estaban sin pruebas de que hicieron depósitos.

-Pudieron habérselo dado en físico-dijo Rafa. Una vez de vuelta en la oficina y en el escritorio de Gerardo-. Ahora que es una investigación oficial, ¿Qué procede?

Gerardo se recargó en el respaldo de la silla y apoyó su cabeza en los brazos cruzados. Observaba su pantalla con varios archivos abiertos sobre la investigación.

-No estoy seguro. Va a ser difícil dar con el o los culpables del asesinato. Si son varios se van a proteger entre si y si es uno no dirá nada hasta que encontremos algo. Aunque si son varios es más fácil cachar la mentira, alguien se equivocara o alguien tendrá miedo.

-Pero el que mencionó que si fue un homicidio hubiera dicho quién es el culpable, ¿cierto? Así acabaría todo pronto.

-Quizá no sabe quién fue. O fue él y con esa confesión se quita de la sospecha-dijo Gerardo-. Pero lo averiguaremos.

Después de la llamada telefónica con Gerardo, Carlos se llevó una mano a la cara para limpiar las lágrimas, luego golpeó la pared y gimió de dolor.

-¿Qué sucede?-dijo su esposa, quien se encontraba recostada en la cama leyendo una novela.

-Fue el investigador-dijo Carlos mientras se sobaba los nudillos-. Quiere volver a entrevistarnos a todos, eso creo. Alguien le confirió que planeábamos matar a Roberto.

La mujer dejó caer el libro y se paró de un brinco. Fue al lado de Carlos.

-¿Estás seguro?

Carlos asintió.

-¿Cómo es posible si acordaron no hacerlo? Además no hay evidencia de esas pláticas, ¿o sí?

-No que yo sepa. Nadie anotaba nada cuando nos reunimos, solo Alfonso. Pero esa libreta debe estar ya destruida, espero-dijo Carlos. Su voz cambió de enojo a una muy pasiva y baja de tono-. Estamos jodidos, si existe una prueba estamos jodidos todos.

-¿Qué pasará si descubren eso?

-No lo sé-dijo Carlos-. La cárcel, supongo.

-Pero tú no hiciste nada malo-dijo su mujer, moviendo los brazos de arriba abajo-. Debe haber algo que puedas hacer.

Carlos se encogió de hombros.

-Ya conoces a la justicia. Busca a quien culpar, no a culpables-y en ese momento a Carlos le brillaron los ojos.

Por la mañana, cerca de las diez. Un auto estacionó junto a un parque, el conductor bajó, llevaba manga larga y gorra. Se reunió con otra persona con gorra en una banca.

-Me siento en una película-dijo Arturo-. Es gracioso.

-Lástima que no nos podamos reír-dijo Carlos-. ¿Vendrá Ángela?

Arturo consulto su reloj.

-No debe tardar.

Ambos intentaron hablar de cosas triviales, de familia y noticias pero lo dejaron cuando notaron que la conversación era muy superficial y ninguno quería saber nada del otro. Solo una cosa, salir de la situación. Ángela llegó minutos más tarde, con lentes de sol. Se sentó en una banca junto a ellos.

-¿Creen que nos estén siguiendo?-dijo ella.

-Lo dudo-dijo Carlos-. No tienen pruebas para ello, según yo.

-Igual no hay que confiarnos-dijo Arturo-. Y hay que cuidarnos de los demás.

-Tienen derecho a saber lo que vamos a hacer-dijo Ángela.

-No si hay un delator entre nosotros. Alguien le dijo al inspector lo que planeamos y ahora creen que los seis ejecutamos el homicidio. Si queremos salir de esta hay que desviar la atención, aunque sea duro-Carlos se quitó la gorra y limpio el sudor de su frente.

-El delator puede ser cualquiera de nosotros tres-dijo Arturo-. ¿Y si averiguamos quien fue?

-Prometimos no hablar entre nosotros-dijo Ángela.

-Nadie lo ha cumplido. Ayer me llamo Mauricio preocupado, dice que lleva días sin poder dormir-dijo Arturo-. Y no es el único. No duermo si no tomé pastillas.

-¿En qué puto momento se pensamos que sería buena idea matar a Roberto?

-Todos quisimos hacerlo-dijo Ángela, se inclinó desde el borde de su banca y se quitó las gafas de sol-. Somos igual de culpables, en un punto

todos quisimos matar a Roberto. Todos lo vimos posible. Todos nos quisimos beneficiar al matarlo.

-Putra codicia-dijo Arturo.

-De acuerdo-dijo Ángela-. Entonces, hay que salvarnos, ¿a quién culparemos?

-Ya sabemos a quién-dijo Carlos-. Es el más posible que lo haya hecho.

-Oh-dijo Ángela, mirando al piso-. Es cruel, pero estoy con ustedes. Mejor el que nosotros, ¿no? Jamás hubiera imaginado un plan así de ti, Carlos. Eres el más noble de nosotros.

Carlos esbozo una sonrisa mientras miraba la nada.

-Siempre estamos a un paso de hacer lo que nunca nos creemos capaces.

-Bien, todo está dicho-dijo Arturo-. Ahora a ejecutar el plan. Los otros no tienen por qué saber nada, será mejor para ellos.

-Sacrificar a uno por los cinco-dijo Ángela.

11

Gerardo entró al despacho hogareño de Roberto, ahora tenía una orden, podía buscar lo que quisiera. Le pidió a la viuda de Roberto que los dejaran solos a Rafa y a él. No tenía que preocuparse, no revolverían nada. La mujer, con temeridad se alejó sin saber bien que buscaban esos con Roberto si era claro que murió en un accidente.

-¿Qué buscamos exactamente?-dijo Rafa mientras hojeaba el interior de un folder del escritorio.

-Lo que sea que nos de algo. Está claro que Roberto tuvo que ver con Manuel Herbillez. Necesito una prueba para vincularlos, esto nos puede llevar a una investigación muy grande sobre la trata de personas. Quizá detener a unos cuantos, como Manuel.

Rafa se trasladó a un librero y veía el título de libros que iba sacando. Los abría y los volvía a poner en su lugar.

-Creí que le habías dado protección por responder tus preguntas.

-Mintió, solo dijo cosas básicas. Pero lo suficiente para que supiera que conocía a Roberto. No lo dijo, lo dejó implícito. Y imbéciles como el deberían estar en la cárcel. ¿Has leído los informes de las víctimas de esa red? te cambia la vida.

-Los he leído-dijo Rafa-. Cuando los leo ni siquiera puedo dormir bien. Me hace sentir agradecido por mi vida, pero también una tremenda impotencia. Esas personas están secuestradas, privadas de sus familiares, golpeados, violados, torturados. Y yo en una cama cómoda, después de una cena completa.

-Te pone en perspectiva-terminó Gerardo.

-Así es.

Gerardo buscaba en la computadora pero prefirió dejarlo al equipo de investigación, si le aprobaban. Se alejó del escritorio después de buscar en cada cajón sin resultados. Caminó por el despacho, acercándose a cada mueble, planta u objeto. Rafa hacía lo mismo, en el librero más grande se agachó al notar algo cuando piso cerca de la madera. Tocó el piso con los dedos y vio un polvo de color café.

-Oye, Gerardo. Creo que encontré algo.

Gerardo tocó la materia.

-¿Aserrín? ¿Qué tiene?

-Es raro-dijo Rafa-. Todo en la casa está muy pulcro porque lo lavan seguido. Pero aquí no lo han hecho, hay polvo ya en algunas superficies y en el piso.

Gerardo siguió el pequeño rastro que desaparecía a unos pocos centímetros, pero vio en una repisa el librero los mismos rastros. Quitó libros de ahí y encontró un hueco improvisado. El hueco probablemente llevaba hecho mucho tiempo, pero las idas y venidas cada que se usaba el hueco desprendía más polvo. Detrás del hoyo en el librero había un hoyo en la pared. Gerardo metió la mano y sonrió cuando saco una caja de metal con un candado. Rafa abrió el candado dándole un golpe con una figura de metal que encontró. El contenido de la caja dejó con la boca abierta a ambos. Eran docenas de fotografías de chicas menores de edad. El lugar en muchas fotos era la habitación de una casa, sucia, con un colchón solamente. Las chicas aparecían desnudas, con marcas de golpes o cortes o llenas de sangre provocadas por cortes o apuñalamientos. Salían en poses humillantes, con una cara suplicando. Otras tenían la mirada perdida en las fotos, como si estuvieran drogadas y no supieran

muy bien lo que ocurría, o ese era el refugio. Gerardo metió las fotos en la caja y la cerró.

-Creo que es todo lo que buscábamos. Son pruebas suficientes para abrir una investigación a toda esta red-Gerardo dio un largo suspiro-. Espero identifiquemos a varias de estas chicas, muchas ya deben estar muertas. Para darles un cierre a sus familias.

-Esto es una mierda-dijo Rafa-. Y todos diciendo de lo agradable que era Roberto. Esas personas suelen ser las más peligrosas. Quién sabe si era un cliente o estaba metido en la red.

-Lo averiguaremos-dijo Gerardo-. Pero aun así, no tenemos idea de quien lo mato.

-¿Sigues pensando que fueron los trabajadores?

-Sí, es lo más probable. Uno dijo que planearon matarlo, me contó su plan a grandes rasgos. Voy a volver a entrevistarlos y ver si consigo nuevas pistas.

12

Alfonso estaba dentro de su departamento, acababa de sacar del horno un pastel de carne acompañado de papas con especias. Lo dejó en la mesa del comedor y colocó junto un cuenco lleno de trozos alargados de zanahorias, apio, brócoli, tomate con un endulzante y queso. Colocó dos copas y las llenó de vino. Contemplo la mesa perfectamente ordenada, pero faltaba algo, fue a los interruptores y bajó la potencia de los focos del techo, ahora la velada era perfecta.

-¡Amor!-dijo.

Segundos después, su novia salió del cuarto y llevó sus manos a la cara cuando vio la comida en la mesa y unas flores, al lado de estas, una caja pequeña con un listón rojo. La chica hizo un gritito agudo de la emoción y corrió a abrazar y besar a Alfonso. Era su aniversario y Alfonso creía que lo había hecho bien, a pesar que planear sorpresas no eran lo suyo. Después de un rato de besos y demostraciones afectivas, se sentaron y comenzaron a comer. La comida era deliciosa, aunque para gusto de Alfonso, a la carne le faltaba sal. Pero su novia comía con fervor, así que dejó pasar esa disconformidad interna. A media platica, donde hablaban

de su futuro como relación, alguien tocó el timbre tres veces seguidas.

-Qué raro-dijo Alfonso-. Espera, voy a ver quién es.

Por la mirilla de la puerta, vio a Gerardo. Tragó saliva y abrió la puerta para toparse cara a cara con el investigador.

-¿Qué desea?

Gerardo mostró un papel e hizo una seña a otras personas a lo lejos para que se acercaran.

-Tengo una orden de registro en su hogar-dijo Gerardo con toda seriedad-. Coopere, por favor.

Alfonso se interpuso en la entrada, extendiendo los brazos bajo el marco.

-No pueden hacer eso, ¿con que cargos? Quiero hablar con un abogado.

-Hágalo fácil para todos, puede ponerse en contacto con un abogado ahora si lo desea, pero el registro en su casa de hará. Aun no lo detenemos, tranquilo-dijo Gerardo.

Alfonso terminó por quitarse, dando paso a Rafa y a otros dos policías.

-Registren sala y comedor-dijo Rafa-. Yo iré a las habitaciones.

-¿Creen que yo hice algo?-dijo Alfonso-. No hice nada, no pueden hacer esto.

-Señor-dijo Gerardo-, tranquilícese. Tenemos pruebas y confesiones que usted sobornó a Héctor Sánchez para que chocara con Roberto Lombardi y lo matara en el choque. Como en el plan que planeo, ¿cierto?

-iPero no hice nada!-Alfonso pegó un puñetazo a la pared, tenía la cara roja y los ojos lagrimosos-. Amor, por favor. Será mejor que te vayas.

-¿Qué está pasando, Alfonso?-dijo la chica poniéndose a su lado-. ¿Es legal esto que hacen?

Gerardo le paso el papel de la orden. Esta vio el sello y firma.

-Todo es legal, señorita. Lamento la incomodidad pero así se hacen estas cosas. Usted puede retirarse.

Alfonso asintió. La chica entró, tomó su bolso y se fue. Tiempo después,

Rafa fue con Gerardo y le mostró una libreta.

-Aquí esta anotado el plan-dijo Rafa-. El pago a Héctor y la manera de ejecutarlo. Concuenda con el monto y la información que nos dieron.

Gerardo tomó la libreta y leyó toda la información que había. Luego se la regresó a Rafa y pronuncio las siguientes palabras:

-Alfonso Díaz, estas arrestado.

13

Un día antes del arresto, Carlos, Arturo y Ángela se reunieron en un café muy concurrido dentro de una plaza por la noche. Arturo y Ángela no se veían apetitosos frente a su comida, pero Carlos devoraba su club sándwich.

-No puedo creer que lo hayamos hecho-dijo Ángela-. De verdad lo hicimos.

-Les dije que las entrevistas saldrían bien si nos adheríamos al plan. Ahora seremos libres y millonarios, nos tocan casi dos millones y medio por persona-dijo Carlos.

Arturo hizo un silbido con la boca.

-No sé qué hare con tanto dinero. Ahora si viajare por el mundo.

-Bueno tampoco es tanto dinero-dijo Ángela-. Con eso apenas alcanza para una casa decente. Podemos invertirlo y vivir de los intereses o hacer un negocio. ¿Qué te parece?

Arturo omitió las palabras de ahora su novia y dijo:

-Gracias por esto, Carlos. Deberíamos de estar brindando.

-Eso vendrá después-dijo Carlos-. Cuando escuchemos que arresten a Alfonso.

Ninguno de los otros dos dijo nada, se limitaron a agachar la cabeza.

-No me vengan con que tienen arrepentimientos. No los tuvieron para

hacer la confesión.

-Ahora es real-dijo Ángela.

-Él sabía lo que hacía cuando pensó en el plan y cuando todos estuvimos de acuerdo en ejecutarlo en algún punto. Era algo inevitable, ¿no creen? Después de todo él fue quien tuvo la idea. Que vaya preso era parte de todo.

-Me siento culpable-dijo ella.

-Yo también-dijo Arturo-, pero Carlos tiene razón. Era el o todos nosotros. Hicimos lo correcto. ¿Verdad, Carlos?

-Hicimos lo que debimos hacer-dijo Carlos alzando su vaso simulando que era una copa de champaña-. Qué bueno que pudiste meterte al departamento de Alfonso, Arturo, y agregar los datos que acordamos a la libreta. Fue una fortuna que a Alfonso se le ocurriera escribir el plan y luego enseñárnoslo. Y que la conservara. Y gracias a ti, Ángela, por haberle dado dinero a Héctor para que cooperara con nosotros. Recuérdame darle los doscientos mil acordados.

-Me estaba cagando de los nervios cuando entre a su departamento. Qué bueno que se quedaron checando si venia. Y que su novia aceptó el soborno para darnos las llaves y permanecer callada.

-Si-dijo Ángela-. Prácticamente gracias a su novia lo logramos. Viva ella. Hay que invitarla cuando podamos festejar esto. Y a Héctor, lástima que quedamos en nunca volver a tener comunicación. Les jugamos trucos a todos, ¿somos los malos?

-No tengas remordimientos-dijo Carlos-. Si no se nos ocurría a nosotros, se le ocurría a alguien más. Simplemente fuimos los más rápidos.

Los tres permanecieron en el café largo rato más, platicando sobre como ejecutaron el brillante plan de Carlos y alabándose a sí mismos. Todo salió a la perfección y los cinco ex empleados de Roberto obtuvieron su dinero con el tiempo. Alfonso fue sentenciado a quince años de prisión.

14

Los días siguientes al arresto fueron ajetreados para Gerardo, Rafa y al departamento de investigación al que pertenecían. Habían mostrado las pruebas que encontraron en casa de Roberto y eso abrió una investigación

que se juntaron con otros departamentos policiales. Terminó con el arresto de Manuel Herbillez y otros dieciséis. Pudieron encontrar varias casas donde almacenaban desde niñas hasta mujeres en la veintena, junto con niños y algunos adolescentes. Gerardo y Rafa fueron promovidos para posiciones más altas, con un aumento de salario considerable. Una semana después, Gerardo tomaba café en su escritorio de trabajo, escribía reportes sobre lo acontecido y juntando evidencia digital. Volvió a toparse con el video del choque de Roberto con Héctor. Lo reprodujo y lo miró varias veces, lamentándose que no se hubiera grabado desde otro ángulo. Lo pausó en una parte que nunca había prestado atención, frunció el ceño y acercó la cara a la pantalla; justo antes del impacto, se vio la sombra de una persona que se apartó y un par de pelotas pequeñas rodaron por la calle. Gerardo tuvo esa idea gran parte de la mañana, sabía que eso le impediría concentrarse en otras tareas y dejar ir lo acontecido, así que tomó las llaves de su vehículo y manejó hasta llegar al cruce del choque. Contempló el cruce desde el ángulo de la gasolinera, en el semáforo varios autos esperaban el cambio de color de la luz, mientras un hombre vestido de payaso hacía malabares con unas pelotas rojas. Cuando el semáforo cambió a verde, el sujeto fue a una banqueta a beber agua en lo que esperaba el próximo cambio de luz. Gerardo cruzó la calle y llegó a él.

-Buenas tardes-dijo Gerardo-. ¿Le importaría si le hago un par de preguntas? Es sobre el choque de hace casi dos semanas.

-Ya viene el rojo, hermano-dijo el malabarista, se quitó el sudor de la frente y con eso se fue la mitad de su maquillaje de payaso-. Tengo que chambearle.

El hombre caminó a la calle pero Gerardo lo detuvo.

-Espere-dijo Gerardo. Sacó un billete de cien pesos de su cartera-. Creo que con esto cubro las ganancias de esta luz.

El payaso resopló y le regresó el billete.

-Eso es un insulto, hermano. ¿Cuánto crees que gana uno haciendo esto? Ponlo doble y acepto.

Gerardo sacó otro billete y se los dio al payaso.

-Cuénteme del choque. Vi un video y parece que te quitaste antes que pasara el accidente. ¿Podría describirlo exactamente como paso?

-Si-dijo el payaso-. Si no me quitó ahí quedo. Estaba malabareando como normalmente hago y de repente el carro blanco se adelantó y tuve que hacerme para atrás, como vi que ya estaba detrás de la línea del semáforo volteo y veo que viene otro carro a toda velocidad,

probablemente quiso pasar su cruce antes que su semáforo pasara de amarillo a rojo. En fin, vi ese auto y salte a un lado; si no me mataba. Y fue cuando estuvo el choque. Si no se hubiera adelantado el cabronazo del carro blanco nada hubiera pasado. Fue imprudencia de los dos diría yo.

Gerardo escuchó y no dijo nada. Se limitó a regresar a su carro. Al sentarse se sintió mareado, con una sensación rara en el estómago. Tuvo que contener las ganas de vomitar. El arresto a los traficantes de personas, lo que encontró de Roberto. El intento de asesinato de los trabajadores, el encarcelamiento de Alfonso. Todo fue gracias a que un simple accidente automovilístico fue mal acertado por un policía.

-Dios mío-dijo Gerardo.

Recargó su cabeza en el volante. Alfonso era inocente. Todo estaba mal y hecho. Siempre había sido conocido por su honestidad. Si confesaba el error perdería el trabajo seguramente y su reputación. Así como la promoción de puesto de trabajo. La pregunta era si sería capaz de callarse y dejar un hombre inocente en prisión, sabiendo que fue inculcado por otro trabajador y conservar la fama y la gloria o hacer lo correcto y decir de su error y abrir una nueva investigación de la que no formaría parte.